



Limache 2004



Así estaban las cosas cuando un acontecimiento, sin duda providencial, vino a acabar con las vacilaciones del Sr. Champagnat y a decidirle a no dilatar por más tiempo la fundación de los Hermanos.

Un día le llamaron para confesar a un niño enfermo y según su costumbre, se puso inmediatamente en camino. Antes de confesar al muchacho, le hizo algunas preguntas para saber si tenía las disposiciones necesarias para recibir los sacramentos. ¡Cuál fue su sorpresa al comprobar que ignoraba los principales misterios y que ni siquiera tenía noción de la existencia de Dios! Profundamente afligido al ver a un niño de doce años en tan absoluta ignorancia, y asustado al verle morir en esta situación se sentó a su lado para enseñarle las verdades y misterios fundamentales de la salvación. Dos horas empleó en instruirlo y confesarlo y sólo con gran esfuerzo logró enseñarle lo indispensable, pues el niño estaba tan enfermo que apenas comprendía lo que le estaban diciendo. Después de confesarlo y haberle sugerido actos de amor de Dios y contrición para disponerle a bien morir, lo dejó para atender a otro enfermo que se hallaba en la casa vecina. Al salir, quiso saber cómo se encontraba el muchacho.

“Falleció poco después de dejarlo Ud”, dijeron sus padres sollozando.

Un sentimiento de alegría por haber llegado tan oportunamente se mezcló en el alma con otro de temor al comprobar el peligro que había corrido el pobre chico al que acababa de librar quizás de condenarse. **Regresó embebido en estos pensamientos y repitiendo en su interior: -“¡Cuántos niños se encontrarán a diario en la misma situación y correrán los mismos riesgos por no tener a nadie que les enseñe las verdades de la fe”.** Y la idea de fundar una Sociedad de Hermanos dedicados a impedir este peligro por medio de la educación cristiana se hizo en él tan obsesiva que fue a buscar a Juan María Granjón y le expuso sus planes. Después de ponderarle el bien que el proyectado Instituto estaba destinado a realizar, le preguntó si estaría dispuesto a formar parte de él para dedicarse a la educación de los niños. El joven que le había seguido con suma atención, le respondió: “Estoy en sus manos. Haga de mí lo que quiera. Me consideraré inmensamente feliz de poder consagrar mis fuerzas y salud e incluso la vida a la instrucción cristiana de los niños, si considera que sirvo para eso”. Encantado y edificado por esta respuesta, el Señor Champagnat le dijo: “Ánimo, Dios te bendecirá y la Santísima Virgen te enviará compañero”.

Para trabajar en grupo :

1. **¿Cuál es la lectura de fe que hace Marcelino?**
2. **¿Qué hubiera pasado si Marcelino no hace esa lectura de fe?**
3. **¿De qué manera te interpela a ti la respuesta a la pregunta anterior?**